

Revista de Revistas

AMERICAN JOURNAL OF PSYCHIATRY COMUNICACION PRESIDENCIAL: PSIQUIATRIA — SU LUGAR Y SU FUTURO

De siempre ha sido un tema polémico el lugar que la Psiquiatría ocupa dentro, no sólo de las ciencias médicas, sino del campo social. Es de todos sabido las resistencias a su aceptación, en cierto modo paralelas, entre la sociedad por una parte y la clase médica por otra, colocando a la Psiquiatría, a sus ojos, en un lugar y con una tarea poco menos que imposible. Resulta, por tanto, interesante, siquiera sea por la comparación que pudiera establecerse, echar una ojeada a cómo una asociación tan potente como la A.P.A. ve este problema desde la doble perspectiva expuesta y cómo se asoma al horizonte del futuro. Es cierto que en los últimos treinta años se han sucedido etapas en las cuales, sin variar el objeto de estudio, sí han variado los acercamientos desde posiciones que de alguna forma querían aparecer como irreconciliables. Así, después de la década psicoanalítica de los años cincuenta, se dio paso a la década de las hipótesis biológicas durante los sesenta, lo que provocó que en los años posteriores hubiera un incremento de aspirantes que se acercaban a la Psiquiatría atraídos por los descubrimientos de las ciencias neurobiológicas. Mientras tanto, el interés por los acercamientos psicodinámicos se mantenía a un nivel casi constante.

Al comenzar los ochenta la Psiquiatría se encuentra en un lugar en que el terreno que le era propio se encuentra disputado, a nivel de competencias, en un triple frente. El primero de ellos viene constituido por lo que pudiéramos llamar «disciplinas en salud mental». El asunto es delicado. Es cierto que durante los últimos años ha aparecido un número cada vez mayor de Psicólogos, Asistentes Sociales, Biólogos e incluso Enfermeras psiquiátricas en el amplio campo de las Psicoterapias, sean éstas del tipo que sean. Lejos de tomar posición en la controversia, sí me gustaría transcribir lo que el autor señala: «La Psiquiatría debe poner énfasis en que sólo la unión de los conocimientos médicos con las habilidades psicoterapéuticas da al paciente óptimas posibilidades para el tratamiento de sus padecimientos», mencionándose el educar a las fuerzas sociales para conseguir lo anterior. El tema pues queda abierto. Subyace en el fondo no sólo un interés científico sino abundantes preocupaciones socio-económicas de suficiente entidad como para pasarlas por alto.

Al segundo frente le podríamos llamar el *frente biológico*. El intento de molecularización de los trastornos mentales y el desarrollo de la Psicofarmacología ha aumentado lo que el autor llama la presencia del Psiquiatra de «bata blanca». Aquí se plantean fundamentalmente dos problemas, uno relativo a la separación de competencias con la Neurología y sus nuevas subespecialidades, como la Neurología del Comportamiento, y otro de índole interna referido a la intolerancia de los seguidores de este enfoque para con las hipótesis psicodinámicas, intolerancia que, por desgracia, en muchos casos es recíproca. Volvemos, pues, a la rígida dicotomía mente-cuerpo que parece, o al menos es mi opinión particular, las jóvenes generaciones de Psiquiatras no están dispuestos a admitir. Nuevamente aparecen más temas que el estrictamente científico, como son la duda respecto a la validez científica de las Psicoterapias ambulatorias, la construcción del Psiquiatra en el tratamiento de las Psicosis en unidades de internamiento exclusivamente, con todo lo que esto trae consigo desde el plano socio-económico nuevamente.

El tercer frente tendría que ver con la *Medicina primaria*. Es de todos conocido que la mayor parte de los trastornos emocionales son tratados por el médico de cabecera, no tratando los Psiquiatras más que una mínima parte de éstos. No parecería que debiera haber problemas en este frente; ni una psiquiatrización total de la población ni una medicalización. La presencia del Psiquiatra en el nivel primario, con una labor preventiva y formativa más que asistencial, puede y debe ser positiva sin que ello traiga consigo ninguna lucha a nivel de competencias. En la sociedad americana el problema se plantea de otra forma, pues por la liberalidad del modelo, un «cliente» del médico de familia es un «cliente» menos para el psiquiatra. Nuevamente vemos aparecer los dólares por detrás de la ciencia.

A través de la delimitación de su propio campo en el triple frente expuesto y de cómo ésta se lleve a cabo se planteará la Psiquiatría del futuro. El presidente de la A.P.A., quizá con un excesivo optimismo dice que «con nuevos descubrimientos diagnósticos y terapéuticos provenientes de dentro de nuestro campo y transmitidos a través de agresivos programas de educación continuada a los clínicos, la Psiquiatría tiene un brillante futuro». Esto parece más producto de la inseguridad, teniendo el planteamiento más que ver con querer que con poder.

Hay una última polémica que abarca a la estructura de los Servicios de Salud y el Modelo que se emplea: la vieja discusión pago por acto médico versus salario que ahora se está planteando en USA, al igual que de modo distinto aquí. La tendencia es a crear servicios públicos jerarquizados y asalariados en el campo de la salud mental, cosa que no parece gustarle al autor, más partidario del modelo liberal, amparándose en argumentos como la erosión de la autonomía, la pérdida de talentos por la escasa motivación, etc. Cada cual, como es tradicional, arrima el ascua a su sardina. Que cada lector saque sus propias consecuencias.

Enrique GARCIA BERNARDO

CONJETURAL **Revista Psicoanalítica. N.º 1 y 2.** **Buenos Aires, agosto y noviembre de 1983**

Una nueva publicación periódica se ha sumado al campo del psicoanálisis lacaniano. No se trata de un órgano institucional de difusión, aunque varios de sus artículos provengan de la legendaria escuela freudiana fundada por Oscar Masotta en Buenos Aires. Con todo, la reflexión de los efectos institucionales en el interior del discurso psicoanalítico ocupa un lugar primordial.

En el artículo que a manera de editorial inaugura el n.º 1, Jorge Jinkis anuncia que el propósito de Conjetural es recordar que el Psicoanálisis es una política que suele negarse a sí misma. Una política del síntoma, dice Lacan, y una política que produce síntomas. Para Jinkis (o digamos mejor, para Conjetural) el lacanismo ha producido ya un síntoma llamado *obediencia*.

En la realidad institucional del psicoanálisis, la obediencia parece asumir dos formas privilegiadas. La primera es la obediencia al mandato superyoico de gozar, gozar de formas secretas de servilismo y sumisión a un discurso convertido en modelo. Cuando la novedad de un estilo se convierte en reproducción de un sentido, es posible gozar de ese sentido: es la obediencia debida al goce. Pero también existe una forma de obediencia histórica, resultado del amor: la identificación. La institución ofrece ritos, soportes identificatorios que cristalizan en una técnica: si el sentido clausura las certidumbres de un texto, la «técnica» borra la sorpresa de un análisis.

Si todo discurso resiste a su propia verdad, toda institución acaba rechazando los fines de los que se considera deudora y que legitiman su fundación. No cabe duda de que esto ha sido así en la institución que Freud promovió para preservar la transmisión de su obra, pero éste ya no es el problema central para el campo lacaniano. Ahora que el lacanismo pierde su carácter de movimiento marginal y asume formas institucionales e internacionales. Conjetural se propone nombrar e interpretar los síntomas que en el interior de la política lacaniana reproducen los mismos efectos de institución que en su tiempo Lacan denunció en los psicoanalistas post-freudianos.

Apesar de la calidad e interés de sus artículos, Conjetural no explica cómo logrará evitar el contagio.

El primer número integra tres secciones. La primera está dedicada a los problemas del nombre propio y el pseudónimo, con un erudito trabajo de Ramón Gómez de la Serna titulado «Sentido y curiosidad del pseudónimo». La segunda sección llamada «Lecturas de la Negación» comprende artículos de Sara Glasman, Beatriz Castillo y Raúl Zoppy, entre otros, dedicados al abordaje psicoanalítico, filosófico y lingüístico de aquel concepto. La tercera sección, tal vez la más original, incluye un fragmento del «Despertar de la primavera», obra teatral de Frank Wedekind, la traducción de un texto breve de Jacques Lacan, titulado «El enmascarado» y escrito para el programa de estreno de esta pieza en el teatro Recamier en septiembre de 1974.

El segundo número posee una diagramación análoga: El primero titulado «Superyo, nombre perverso del padre» de Sara Glasman prologa tres secciones dedicadas, también, a la temática del Nombre, la Negación y la traducción y comentario de textos extranjeros (en este número aparecen textos breves de Víctor Tausk, André Malraux, Theodor Reik y Erik Erikson).

Nos interesa destacar algunos aspectos del excelente trabajo de Sara Glasman. Este trabajo nos ofrece la posibilidad de articular el complejo concepto de Superyo a través de algunos textos importantes en que Freud lo pone en juego explícita como implícitamente. Me refiero a que la autora se apoya en dos artículos centrales de la teoría, como son «Pegan a un niño» y «Análisis de una neurosis infantil» para destacar la interrelación de los conceptos de fantasía, Superyo y pulsión. Como así también, es tomando en consideración y justamente para señalar el origen perverso del Superyo, los tres ensayos dedicados a Moisés y la religión monoteísta.

A modo de síntesis este artículo de Sara Glasman toma como eje central de su exposición la definición que Jacques Lacan refiere de la Perversión como *versión del padre*. Por lo tanto, señala que el Superyo en su origen y diferenciado de la Función del Padre, alude a una versión perversa del fantasma que, parece ser, es la forma en que el sujeto alcanza a imaginarizar la relación con el padre en la dialéctica edípica: «... la huella del origen perverso del Superyo, como imaginarización de una prohibición simbólica».

Susana CARRO